

Tipos de memoria y transmisión en las generaciones.
(Actualidad Psicológica Nro. 232, junio, 1996)

Anahí Almasia

“Es decir que el duelo por hacer aquí es el de la escritura en acto. Se escribe para interrogarse sobre la muerte de la escritura...No estoy seguro de que en medio de las expansiones dionisiacas no se encuentre un participante que se mantenga apartado, en la sombra, que se haga olvidar, olvidando a los otros, e inscriba un signo, sobre una superficie, para un ausente. Y todo recomenzará”.
(André Green, 1990)

En este trabajo me centraré inicialmente en las diferentes modalidades de la memoria, si bien de éstas tomaré específicamente lo violento de ciertas transmisiones que se constituyen en verdaderas transfusiones o implantes entre las generaciones para finalizar con la descripción de la situación real del transplante de órganos, y el tipo de memoria que entraría en juego.

De guerras privadas e ideales.

Hace un tiempo viendo una película neocelandesa llamada “El amor y la furia”, cuyo título en inglés es “We once ‘re warriors” de Lee Tamahori, me preguntaba que sucedía con aquello no incluido en las huellas de memoria de una generación y cuáles serían los posibles destinos de lo que parecía perderse en el tiempo. Se trata de la vida de una familia que habita en un barrio popular donde la mayoría de los integrantes de la comunidad pertenecieron a la tribu maorí, tribu de guerreros, sólo que parecieron olvidarlo. La vida cotidiana se desarrolla entre trabajos esporádicos, robos, drogas, alcohol y la erotización de los vínculos que no alcanzan a ser tiernos.

La pareja de progenitores oscila entre escenas de sensualidad exhibidas y peleas que llegan a los golpes con graves consecuencias físicas para la mujer que parecía no poder parar de provocar la furia del marido, y éste a su vez, llamado “Jake, el pendenciero”, no circunscribe la violencia al ámbito familiar. Se observan varios tipos de adicciones, el alcoholismo en los progenitores, acompañado de marihuana en Beth, la madre y en dos de sus hijos. Es llamativa la presencia de tatuajes en ambos padres y en parte de la comunidad que los rodea.

Frecuentemente se realizaban reuniones donde ellos y los invitados terminaban alcoholizados y se realizaban destrozos en la vivienda familiar, en una de las cuales se produce la violación de Grace, la hija de 13 años, que hasta entonces parecía ser la que alcanzaba un cierto grado de capacidad sublimatoria al escribir cuentos y plasmar sus sentimientos en una especie de diario personal.

Uno de los hijos se asocia a una pandilla cuya característica es que para ingresar debe atravesarse un rito de iniciación con golpes hasta el desmayo y el tatuaje total del cuerpo que transformaba su imagen y atraía la mirada ajena sobre los dibujos imposibilitando el encuentro con la posible vitalidad en la mirada del mirado. Pareciera sin embargo que estos dibujos están carentes de significado para el que los porta más allá de la identificación como perteneciente a un grupo, no cuentan historias como podría suceder en los tatuajes del hombre ilustrado de Ray Bradbury donde quien mirara un dibujo podía ver un cuento, una historia, los tatuajes de esta pandilla están vacíos de significado. Pero justamente de eso se trata, los dibujos que el hijo mayor elige para tatuarse en la cara son similares a los que se encuentran representados en la madera tallada del tótem presente en la puerta de entrada al espacio de la tribu. Diversos autores (Abraham y Torok, 1976; Nachin, 1995; Rouchy, 1995; Maldavsky, 1994) han trabajado el tema del encriptamiento y su transmisión a generaciones futuras que no cuentan con los elementos significantes para dar sentido a lo actuado. Pareciera que el tatuaje en la cara del muchacho sólo adquiere la dimensión de un linaje anímico para un espectador, al reencontrarse con la imagen del tótem, con algo perdido y sólo recuperado en forma enigmática; mientras permanecía en las actividades de la pandilla, robando, golpeando y fumando no encontraba los elementos para elaborar una toxicidad sin freno hasta ahí, puesto que su primer contacto con el tótem, la tribu y la tradición de su pueblo ocurre muy tardíamente en el entierro de su hermana.

El segundo hijo realiza actos delictivos hasta que termina en un reformatorio, donde un profesor en una postura empática le enseña el arte marcial de los maoríes (Haka) que reemplaza a partir de allí sus actos violentos. Los ideales de una historia que retorna y da sentido. El maestro dice: "Deben alcanzar las tierras ancestrales y metérselas en el cuerpo. ¡Despierten!". Es interesante la degradación de la historia de los guerreros maoríes en peleadores callejeros, sólo transformada en el encuentro con las guerras de las tierras ancestrales.

Finalmente, Grace, luego de ser violada por el "Tío Billy", una vez más lo tierno convertido en sensual, ya no le queda donde resguardarse, perdiendo el recurso de la escritura; apela entonces al retorno a lo inerte, a la eliminación de cualquier estímulo ya que el mundo se había tornado hipertrófico. El suicidio como recurso extremo de la desestimación. Es entonces cuando comienza el camino de retorno a lo perdido: la madre lleva a su hija para ser enterrada a la tierra de su pueblo y sólo entonces le cuenta un relato, el cuento de una mujer que abandonó a su grupo detrás de un hombre que no era aceptado por los ancianos y pese a que su padre había dicho que volvería, ella se prometió que jamás lo haría, no importa qué pasara, "Y cumplí-" dijo.

Se produce el quiebre que recupera los ideales y contenidos perdidos por la familia, los maoríes son "gente con orgullo, con espíritu". El padre queda excluido de este proceso y continúa intoxicado en el bar, e intentando talar el árbol del que se colgó su hija, como si dijera "si no hay árbol no hay muerte", en un intento por eliminar vía desestimación una realidad demasiado dolorosa. Por otro lado se refiere a los maoríes como "aquellos desgraciados que viven en el maldito pasado", perturbando cualquier proceso identificatorio posible.

Ahora bien, ¿Por qué resulta abolida parte de la historia de una familia?, ¿Qué efectos podría tener en ésta la desestimación de un fragmento del propio origen?, ¿Qué hace que alguien asuma la responsabilidad de recuperar partes de la historia perdida y recorrer el camino del reencuentro?

Aparece entonces un tipo particular de violencia, la de contar con un fragmento de memoria incalificable para el propio aparato psíquico, así como los posibles efectos tóxicos en sus múltiples formas: enfermedades psicosomáticas, accidentes, adicciones, así como maltrato y violencia en sus diferentes modalidades como modalidad del aturdirse evitando el surgimiento de un dolor insostenible e imposible de ser pensado. Todo ello realizado a un alto costo, el de la pérdida de los ideales de la estirpe, aquellos que para Freud cumplen la función de amparo psíquico frente a las adversidades de la vida, remiten al origen de un grupo, a su destino y también hermanan y cohesionan. (Freud, 1912-13; 1921c).

Diferentes modalidades de la memoria.

Consideremos los seis tipos de escrituras de memoria descritos por Maldavsky (1992) además de la representación palabra, la representación cosa, la representación cuerpo y los imperativos categóricos que se observan en la clínica:

- 1) Recuerdos de la especie, innatos, filogenéticos, instintivos. Son necesarios y no contingentes, no pueden no ocurrir, como la constitución de la función materna o paterna.
- 2) Afectos: si bien el matiz de cada sentimiento es individual, el hecho de que sea registrado contiene la historia de un vínculo empático con un otro en función materna. Los afectos ulteriores son recuerdos que evocan estos momentos iniciales de la conciencia de sí, con la aparición de la cualidad desde un estado de indiferenciación cuantitativa.
- 3) Memoria inmunitaria: incluida en el contexto pulsional como un fragmento de la autoconservación, ya que todo lo vivo pulsiona hacia el retorno a un estado anterior, del cual guarda una enigmática huella (Freud, 1920). Estos restos de memoria cobrarán relevancia en el transplante de órganos, ya que se incluye en otro cuerpo un fragmento cifrado de memoria que cuenta con algo afín y algo diferente en el receptor, el número del complejo de histocompatibilidad, entre otros. Si bien son diferentes las memorias de las que se trata, encontramos similitudes con la memoria transgeneracional en este punto, en el marco de la inclusión de un fragmento de memoria de un cuerpo en otro.
- 4) Transmisión de determinada modalidad de la defensa. Freud (1905) les atribuye un origen congénito, pero sin embargo parecen participar influencias de los vínculos actuales e infantiles.
- 5) Recuerdo de un afecto de dolor no sentido, en que la estasis pulsional abarca no sólo la sexualidad sino también la autoconservación (Freud 1926). Recuerdo de la no inscripción de un momento de arrasamiento del aparato anímico por la irrupción violenta de grandes montos de excitación improcesables.
- 6) Un recuerdo traumático abolido, expulsado de la memoria anímica que se vuelve eficaz en las generaciones siguientes y se expresa como producto de un procesamiento tóxico de la libido, por ejemplo pesadillas, adicciones, sexualización de los vínculos tiernos que los torna violentos.

Acaso podamos agregar a las anteriores, la transmisión de una modalidad especial del morir y que asociaremos al punto tres recién mencionado, que según Freud (1924d) se encuentra determinada ya desde el momento del nacimiento como un morir a su manera. De acuerdo a una información preestablecida, ésta se produciría por la pérdida progresiva de la capacidad de las células de eliminar sus propios deyeos. Freud nos dice: "También el individuo íntegro, por su nacimiento, ya está destinado a morir, y acaso ya su disposición orgánica contiene el indicio de aquello por lo cual morirá. Empero, sigue siendo interesante averiguar como se cumple el programa congénito y cómo ciertos daños accidentales sacan partido de la disposición ". En la misma línea, la fisiología da cuenta de una modalidad de la eliminación celular que evita la intoxicación de los cuerpos, la **apoptosis**, muerte celular programada (programmed cell death, PCD) o muerte celular activada (active cell death, ACD) o suicidio celular, observada generalmente en condiciones fisiológicas por la cual se eliminan las células no deseadas o senescentes, sin causar inflamación, involucra cualquier tipo de muerte celular que contenga un programa genético que sea disparado de manera independiente a la naturaleza del estímulo. Es preferible aplicar la denominación apoptosis a la muerte celular que sucede durante el recambio de los tejidos normales, en la eliminación de las células somáticas adultas, en la renovación del epitelio gastrointestinal, en la regresión de la glándula mamaria lactante. Por medio de la apoptosis de las células con daño genético, el organismo previene las formaciones malignas y el desarrollo de cáncer. Este concepto se conoce desde hace varias décadas pero su interés se incrementó en investigaciones recientes respecto del papel que cumple en la ontogenia del sistema inmune y la infección por HIV. Se diferencia de la necrosis ya que ésta es el resultado de la acción de estímulos nocivos del entorno y la pérdida del balance osmótico, generalmente asociada con procesos inflamatorios, tóxicos y con condiciones patológicas (J. John Cohen, 1993).

Criptograma y telescopaje.

El origen de toda defensa deriva de la fuga de un estímulo displacentero y su sustitución. De un modo general podríamos decir que mientras la represión constituye una defensa frente a ello, a ciertos deseos; la desmentida y la desestimación constituyen defensas ante ciertos representantes psíquicos de la percepción de una supuesta realidad. Debemos tener en cuenta las diferentes posibilidades defensivas que originarían los observables. No resulta lo mismo que un miembro de una generación reprima un deseo que luego puede aparecer bajo la forma de una fantasía o síntoma pero que puede ser levantado vía asociación libre que si se trata del producto de una desestimación o desmentida.

Podemos afirmar que en un aparato psíquico coexisten varias de estas defensas, aunque una de ellas suele volverse hegemónica, de forma momentánea o permanente, colocando a cada yo en una relación determinada respecto de las exigencias de la realidad, de los deseos y del superyo, los tres vasallajes del yo. Las modificaciones contextuales tienen influencia para que ocurra un cambio en el uso de la defensa, esto debe ser tenido en cuenta en el tratamiento de familias donde la plasticidad en el uso de éstas es evidente.

La desestimación es la destrucción de la estima, en la problemática que nos ocupa se trata de un rudimento de un juicio en acto que implica un acto desatributivo de la percepción, un no ha lugar. De esta manera la desestimación elimina aquella parte de la percepción de "lo nuevo o su recuerdo" sobre la que recae la defensa, asimismo, un fragmento de la realidad generado por el psiquismo es expulsado, así como una parte del propio yo se pierde con él (Freud, 1927e). El yo se refugia en una voluptuosidad y una lógica previas. Este mecanismo es pensado como estructurante de la psicosis, sin embargo parecieran existir otras posibilidades, por ejemplo que lo desestimado no sea el significante del nombre del padre y de tal manera se desestimen otras frases, al modo de una forclusión local (Nasio, 1987).

Ahora bien, en el caso de tales recuerdos abolidos de la memoria y expulsados hacia la generación siguiente que emprende su tramitación en parte como pesadillas, pero con un resto no elaborable que queda como proceso tóxico. No sólo queda abolida la memoria de un trauma por la impotencia psíquica para la ligadura de los volúmenes irrumpientes, en que un fragmento de lo anímico propio fue eliminado, sino que luego el yo invierte esta supresión, y hace desaparecer de sus huellas mnémicas a sus propios descendientes. (Maldavsky, 1992). Freud describió esencialmente lo transgeneracional en la constitución del superyo y del ideal del yo. En efecto, el superyo no se constituye sobre el modelo de los padres sino sobre el modelo del superyo de éstos.

Se trata entonces de distinguir en las familias las relaciones intrageneracionales, correspondientes a las relaciones entre individuos de la misma generación; y las relaciones transgeneracionales, que se producen a través de la sucesión de generaciones, donde los contenidos psíquicos de los niños podrían estar

marcados por el funcionamiento psíquico de sus antepasados. Nicolás Abraham agrupa a estos fenómenos bajo el nombre de **trabajo de fantasma** entre las generaciones. Las influencias impuestas suponen una confrontación entre el sujeto, el estímulo y la existencia de un contexto comunicativo. Por otro lado y asociado al concepto de elaboración psíquica freudiana, Abraham y Torok (1976) denominan **Introyección**, a la posibilidad de que una situación traumática alcance un lugar de representación, de apropiación del proceso; y llaman a su imposibilidad: **Inclusión**. Este trabajo del fantasma podría terminar en un **fantasma de incorporación**, algo así como la inclusión de una fantasmática ajena en la vida psíquica de un sujeto.

Freud (1914) describe los tiempos en que se constituye la psicosis: un primer tiempo en que la libido se retrae de los representantes psíquicos de la realidad; un segundo tiempo en que esa libido inviste un yo; y un tercero en que se realiza la tentativa de restablecer la investidura de lo mundano abandonado a través de episodios alucinatorios y delirantes. Ahora bien, esta restitución pareciera hacerse posible sólo cuando una generación cuenta con los elementos representacionales necesarios para su constitución, pero ésto supone que la situación que inició la defensa haya terminado. Por ejemplo, en los herederos de aquellos que sufrieron el holocausto o situaciones catastróficas climáticas o sociales, así como los descendientes de inmigrantes que debieron abandonar su tierra por motivos políticos, raciales, económicos, es necesario que el estímulo hipertrófico haya cesado. Pareciera más bien existir una negatividad (Kaes, 1989) en la transmisión, una ausencia de inscripción, algo que permanece en estasis sin alcanzar representación.

Ahora bien, cuando los mecanismos que intervienen son del tipo de la desestimación de un fragmento de la realidad, puede suceder que no se alcance una restitución posible, al modo de lo que Sami Ali describe como la represión de la función de lo imaginario, la imposibilidad de proyectar, sólo que pensado ya no sólo en el ámbito individual sino en determinada generación. Pero, ¿qué sucede entonces con la libido retirada de las percepciones?. Pareciera tener un destino de estancamiento libidinal hasta que se cuente con el contexto susceptible de proveer las representaciones adecuadas para su tramitación. Sin embargo, ésto parece contar con un destino posible tal como se lo observa en la clínica, el de que lo desestimado se constituya en un criptograma (Abraham y Torok, 1976), en un lenguaje cifrado, inaccesible a la conciencia del yo que implementa la defensa.

Es de esperarse que lo encriptado no tramitado pase tal cual, en el mismo lenguaje inaccesible a la generación siguiente, y así sucesivamente hasta que en determinado momento alguien se erija en aquel que va a encontrar el decodificador. Esto último manifestado por actos impulsivos que no encuentran explicación para el sujeto que cuenta con un fragmento de lenguaje cifrado operando a expensas de su economía pulsional.

Recuerdo un caso de una adolescente que a pesar de no tener dificultades de aprendizaje o memorización, consulta por una dificultad en el aprendizaje de cualquier idioma, se empeñaba en el estudio y posteriormente le resultaba imposible el intentar recordar algún término. Interrogada sobre ello no atina a encontrar una respuesta hasta que tiempo después hablando de sus abuelos, refiere que uno de ellos había inmigrado a la Argentina y su lengua de origen fue eliminada, nunca más se habló ni fue enseñada al padre de la paciente. Luego de ésto, se produce un ajuste que le permite el aprendizaje. Para Haydée Faimberg (1985,1988), este ejemplo se constituiría en un telescopaje entre las generaciones. Tomando la metáfora del telescopio con sus lentes que sólo permiten la visión al acoplarse, como si la información de ambas generaciones necesitase encontrar una correspondencia para alcanzar el sentido. Es similar a la ausencia de sintonía en la radio hasta que se ajusta el dial con una frecuencia de onda.

Esta modalidad de la transmisión es la correspondiente a los secretos familiares, donde un yo opera desmintiendo, lo que implica que la parte correspondiente a su yo real definitivo tiene noticia de ésto, sólo que prefiere actuar de acuerdo al yo placer. No hay olvido, simplemente no se cuenta, se oculta por vergüenza, por constituir algo que no debe ser nombrado o que resulta más placentero no considerar. Ahora bien, a los fines didácticos es necesario describir dos mecanismos de defensa diferentes, la desmentida y la desestimación y reconducir esta última al encriptamiento por condensación tal como ya lo describimos.

Lucía de 25 años proveniente de Misiones relata una pesadilla donde se encuentra perdiendo un bebé en forma de aborto espontáneo. Al ser interrogada por asociaciones, no encuentra palabras a las cuales enlazar esta imagen siendo que jamás había estado embarazada; sin embargo, un afecto de dolor muy intenso la invade permanentemente, como un duelo aletargado y sin fin, dice: "a veces yo busco que pase algo para justificar el dolor, es una tristeza descolgada". En una entrevista con la madre se advierte que el aborto no pertenecía a Lucía sino a un hecho "olvidado" de la madre. El aborto de la madre como primera desestimación y la identificación de la paciente como producto de un aborto ella misma, suponiéndose

desestimada por los otros. Sin embargo la pesadilla se instituye como el fragmento que intenta ligar un afecto de dolor no sentido eliminado del sentir materno. Y continúa: “La solución no está en mí sola, para mí me lo transmitieron por ejemplos, por imágenes, por lo que se ve”.

Debemos preguntarnos entonces, si no se cuenta con lo verbal en la transmisión de tales secretos, como es que tienen eficacia en las generaciones futuras. Pareciera tratarse de una transmisión por caminos más regresivos, con el privilegio de un preconiente visual degradado o bien de ritmos, de cantidades, tal como ocurre con la transmisión a través de lo fonético, de los tonos utilizados al hablar. Por otro lado, Laborde Notalle (1992) propone dar el nombre de escopema a esta unidad de información significativa, es decir la entidad que se transfunde sea que asuma el aspecto de un sonido complejo (frase), una forma más a menos elaborada (imagen a escena) o una sensación. “Ciertos pensamientos elaborados con palabras tienen también una representación psíquica en imágenes y aún cuando en el vidente el escopema aparezca en forma de imagen, no siempre se sabe con claridad la forma que tenía en el interlocutor. Es posible que, como en los sueños, se produzcan juegos, fluctuaciones entre representaciones gráficas y verbales” (Pág. 145). En la misma línea han trabajado Bollas en “La sombra del objeto” y M’Uzan en “La boca del inconciente”, sólo que en relación al trabajo terapéutico. En Tratamiento psíquico (tratamiento del alma) (Freud, 1890): “...la llamada ‘adivinación del pensamiento’ (Gedankenerraten) del ‘medium’ cuando se practica un experimento como el de hacerse guiar por él para descubrir un objeto escondido, se explica por sus imperceptibles e involuntarios movimientos musculares. Todo el fenómeno merece más bien el nombre de ‘revelación del pensamiento’ (Gedankenverraten)”. Y agrega en Sobre sueño y ocultismo (1933 -1932-) donde dice: “...mediante la intercalación de lo inconciente entre lo físico y lo hasta entonces llamado ‘psíquico’, el psicoanálisis nos preparó para la hipótesis de procesos del tipo de la telepatía...Como es sabido, no se conoce el modo en que se establece la voluntad del conjunto en los grandes Estados de insectos. Es posible que ocurra por la vía de esa transferencia psíquica directa. Uno se ve llevado a la conjetura de que esta sería la vía originaria, arcaica, del entendimiento entre los individuos, relegada en el curso del desarrollo filogenético por los métodos mejores de la comunicación con ayuda de signos que se reciben mediante los órganos de los sentidos. Pero acaso el método más antiguo permaneció en el trasfondo y podría imponerse aún bajo ciertas condiciones; por ejemplo, en masas excitadas hasta la pasión...” y finaliza diciendo: “...Todo esto es todavía inseguro y rebosa de enigmas irresueltos, pero no hay fundamento alguno para asustarse” (Pág. 51). Podemos suponer que si estos métodos mejores de comunicación se encuentran obstruidos o bien el sujeto regresó a lógicas más arcaicas de funcionamiento debido a las situaciones particulares a las que se encuentra sometido (guerras, migraciones, duelos, traumatismos, operaciones, accidentes), éstas podrían predisponer al individuo a alcanzar lógicas menos diferenciadas; más acordes a la comunicación madre-bebé en los primeros momentos de vida.

Un adolescente consulta sin contar con un motivo conciente para hacerlo, dificultosamente habla de su situación familiar saturada de agresiones que llegan a los golpes, ausencia de interlocutores empáticos, indiscriminación. Llama la atención la presencia de heridas en forma de seis líneas en el reverso del antebrazo. Causadas según el paciente por sí mismo con la cabeza de un fósforo. Respecto de esto, el paciente no asocia nada y más bien parece sumirse en un estado de apatía y somnolencia que le impide pensar. Finalmente el analista le pregunta por sus abuelos, uno de los cuales tenía inscriptos los seis números correspondientes al campo de concentración del que había sobrevivido. El paciente resulta sorprendido por ello, dejando en evidencia la desestimación del dolor sin freno que halla su expresión tóxica bajo la abulia y la somnolencia. El camino de las marcas en el cuerpo fue el siguiente: Comenzó en el abuelo con la degradación del nombre en número, accediendo luego en la tercera generación como palillos, modalidad aún más primitiva de la figuración del número.

Sin embargo es de destacar que no importa tanto el secreto en sí como las diferentes estrategias puestas en juego en las generaciones posteriores, las defensas que operan y las manifestaciones psíquicas a las que arriban, así como el contexto en que se llevan a cabo. Del mismo modo en que todas las experiencias nuevas, propias de una persona, de una familia, de una cultura, deben someterse a un nuevo trabajo de introyección.

Ahora bien, la memoria que nos ocupa no se corresponde con una recepción pasiva, deberán tenerse en cuenta las series complementarias del individuo de la generación que trasmite y del individuo receptor de una generación posterior. Sin embargo no debe pensarse en la transmisión que supone la existencia de una relación de objeto. Aquí pareciera tratarse más bien de una transfusión (Rouchy, 1995) en un nivel protomental (Bion, 1959), de situaciones anteriores a la individuación del sujeto, una unidad de dos cuerpos en uno, la incorporación de un cuerpo en otro cuerpo, como un fantasma (no en el sentido que Lacan pudiera darle al término, sino en su sentido más literal) que busca su lugar. La pregunta que se hace el

terapeuta de familia es: ¿Quién habla? ¿de quien proviene esa angustia, esa pesadilla, esa vergüenza?. ¿Cuál es la particularidad de un aparato psíquico que se torna permeable a la transfusión de un fragmento de memoria?

La cripta, según el diccionario Larousse, es un lugar subterráneo para enterrar a los muertos, en una de sus acepciones; también encontramos la criptografía como un mensaje secreto y cifrado. En la clínica se observan ambas situaciones: duelos no resueltos por muertes, abortos y lugares de origen, a lo que deberíamos agregar el afecto correspondiente y la posible excesividad de éste. Pareciera quedar encriptados subterráneamente pero sin sepultura, algo así como un impasse en el proceso de duelo, un tiempo de espera que mantiene a los muertos en un mundo intermedio, como cuando alguien dice: "Hay que dejarlo ir" con referencia a no dejar inconcluso el duelo, a no desmentir que el objeto ya no está. La criptografía es el arte de cifrar y descifrar los mensajes con el fin de que permanezcan secretos o sean descifrados. Todos los sistemas de criptografía se reducen a los siguientes: método alfabético de sustitución (a cada letra o signo del mensaje corresponde otra letra o signo convencional) y de transposición (las letras o signos de texto pasan a ocupar un puesto diferente del suyo y determinado por una clave); sistema de léxicos o códigos (cada corresponsal dispone de un diccionario especial cuyas palabras y locuciones corresponden cifras o grupos de cifras). ¿Qué sucede entonces cuando el sujeto que actúa no cuenta con el diccionario especial o el método de decodificación?

El hecho de que sea un documento cifrado, nos habla de un número en juego, del número como degradación de la cualidad psíquica en cantidad. La conciencia originaria para Freud es la transformación de lo puramente cuantitativo en cualidad. Una cualidad que inicialmente está dada por lo afectos, donde una frecuencia, una cifra alcanza representación afectiva. Entonces, el criptograma se presenta como un número que no encuentra lugar en la conciencia anímica, accediendo como pura frecuencia, como hueco representacional y transmitiéndose así de una generación a la otra, a la manera de aquello que en computación se observa como información compactada, condensada. Sin embargo, el documento cifrado puede ser decodificado con la ayuda de un criptógrafo (máquina para cifrar y descifrar textos), que transforma lo que se presenta incoherente dándole un sentido. Quizás la tarea del analista se constituya en la del criptógrafo que ayuda a descifrar mensajes, a descondensar información.

Por otro lado, la desmentida opera para Freud como efecto de la escisión del yo, con dos corrientes psíquicas, una acorde al yo placer y cuya frase luego se manifiesta y otra correspondiente al yo real definitivo. Debemos tener en cuenta que lo desmentido suelen ser los juicios emitidos por este último yo, tal como sucede cuando en la familia analizada se dice: "somos descendientes de una tribu de guerreros con un alto orgullo" opuesto a otro juicio que dice "no nos importa el orgullo ni las tradiciones de nuestro pueblo". Lo que se pone como sustitución debe ser algo que sostenga el juicio del yo placer.

En las manifestaciones adictivas y violentas de éstos, habría condensadas frases eliminadas en los progenitores que retornan como amagos, como intentos en los hijos por acceder al juego de las representaciones; el tatuaje como transcripción del tótem, las agresiones y los golpes como palabras no proferidas que quieren dejar de ser número, pura cantidad; de tal manera que lo que se trasmite es una voluptuosidad que no alcanza cualidad por el exceso. De esta manera, el hijo tatuado pregunta a aquel que practica el arte marcial si no querría un tatuaje como el suyo. Este responde: "no, gracias, los míos los llevo adentro", en referencia a que finalmente accedió a una identificación acorde a su linaje.

Pareciera que la combinatoria de ambas defensas da como resultado manifestaciones tóxicas, tal como Freud las describe en la Conferencia 24 respecto de las neurosis actuales en que un monto energético no alcanza representación simbólica y produce intentos de tramitación la más de las veces fallidos. De tal manera que persiste un resto que no alcanza a investir huellas mnémicas de la representación palabra, provocando una estasis libidinal que inviste órganos en las enfermedades psicosomáticas o bien una adicción previa a la ingesta pero de tipo libidinal.

Las generaciones posteriores prestan su psiquismo que podría contar con el sistema de memoria adecuado para la elaboración de los huecos de huellas mnémicas que el contexto trasmite. Es frecuente encontrarnos en la clínica con hijos de inmigrantes que vuelven al lugar de origen de sus padres o abuelos en busca de las representaciones que llenarán los huecos representacionales. Así en una familia en determinados momentos de crisis se pueden desarrollar regresiones que faciliten la investidura de sistemas de memoria patológicos hasta entonces desinvertidos, podrían volver a un fragmento tóxico aunque hubieran alcanzado caminos de elaboración más elaborados. En Recordar, repetir y reelaborar (1914g) Freud dice que se reelabora para no volver a los sistemas patológicos de memoria que, sin embargo, siguen presentes como

huellas mnémicas sin carga pulsional. Considerar que una manifestación sea consecuencia de la conjunción de padre y madre no es viable ya que se trata de una formación de compromiso, producto del entrelazamiento de las corrientes anímicas de los diferentes miembros de la familia.

Hasta aquí trabajamos la inclusión de un fragmento condensado de memoria sin escritura anímica de un individuo en otro por un lado y por otro, la transmisión de huellas mnémicas en forma negativa, así como también nos preguntamos por la posible violencia que podría implicar para ambos, para aquel que no accede a su tramitación y para el que lo recibe como una transfusión. ¿Cómo piensa cada aparato psíquico la inclusión de un fragmento de memoria de un cuerpo en otro? ¿Qué sucede cuando se trata de memoria inmunológica? ¿Hasta donde se puede considerar que lo afín pero diferente puede ser incorporado como parte de un yo para evitar su desconstitución, como cambio que favorece la autoconservación?

Si bien en un caso hablamos de la transmisión de un trauma, de un secreto familiar; en el otro se trata de la transmisión de una escritura inmunológica en otro cuerpo que en mayor o menor grado cuenta con un número diferente para nombrar su complejo de histocompatibilidad. Pero en ambos se trataría de un trasplante, de un trasplante de huellas de memoria o de su negativo. Entonces, como dice Green: "se escribe para interrogarse sobre la muerte de la escritura".

La memoria inmunológica y el trasplante de órganos.

En trabajos anteriores (Almasia; Fontana, 1993, 1995) hemos considerado la problemática de los familiares de pacientes que, producto de un accidente, resultaron con muerte encefálica accediendo a la donación de los órganos del familiar. Analizamos en aquella oportunidad las diferentes salidas del duelo. En los casos en que la desmentida resultaba duradera, los efectos en aquellos que decidieron la donación y que, como resultado de su desmentida no elaboraron el duelo, se encuentran desplegados en fantasmas supuestos en un ámbito externo no definido. Lugar donde habrían quedado alojados los órganos del muerto, que debido a la ley de trasplante vigente se impide la notificación del destino de los órganos donados. Pasamos entonces de un primer momento en que se construye la idea tranquilizante de que el fallecido continuará viviendo en otro (tal como se expresa en la frase: El corazón de Julia se volvió a enamorarse) a su transformación en siniestra, momento en el cual un familiar puede decir: "Voy por la calle y tengo miedo de los que me miran, no sé cual de ellos tiene los ojos de mi mamá".

Por otro lado, los transplantados construyen un mecanismo similar sólo que en este caso suponiendo un acreedor depositado en el afuera, posiblemente un familiar del fallecido, quien esperaría algo a cambio por el órgano entregado. Se visualiza especialmente esta proyección en el afuera de un sujeto que espera un pago por lo recibido en los casos en que por la publicidad de los medios de comunicación los donantes pueden encontrar a los receptores concurriendo a los centros asistenciales donde se realizan los trasplantes y por coincidencia en fechas y horarios determinan que el receptor de determinado órgano (especialmente el corazón) contiene parte del ser amado. Se producirían entonces especies de "adopciones en el órgano" que en algunos casos termina con la visita de ambas familias y el compartir del niño por parte de ambas, se condensarían en él dos historias, como dice la madre de un receptor: "Quiero agradecerle al padre de Carmen por haber donado el riñón de su hija y quiero decirle que mi hijo Juan es suyo" Quedan por investigar los mensajes encriptados que podría recibir este joven y que, en tales casos, concentraría en su seno ya no los fantasmas de las generaciones de las que es producto, sino mensajes cifrados que alcancen expresión por el frecuentar a los padres donantes, quienes a su vez no alcanzarían una clara distinción entre este niño y el propio.

En algunos casos incluye lo intrafamiliar, tal como ocurre en los trasplantes de un donante familiar vivo, y en otros se diferencia porque incluye la afinidad con un otro no familiar a través de lo que denomina complejo de histocompatibilidad, un número entre otros que permite determinar quién resulta más adecuado para recibir el órgano de un donante cadavérico.

Recientes investigaciones han dado a luz la confirmación de que entre el órgano transplantado y el cuerpo receptor se producen migraciones celulares entre ambos, dando por resultado un "chimerism" en los tejidos del receptor y del órgano implantado. Ya en 1969 se había descubierto la conformación de quimeras (quimeras), compuestas por células de dos diferentes genomas, y en 1992 se probó un quimerismo sistémico por el cual las células del órgano migraban hacia los tejidos del resto del cuerpo. La comprobación fue posible en pacientes de sexo femenino que recibieron órganos de donantes masculinos cuya migración celular fue aceptada por la presencia de cromosomas Y en tejidos del resto del cuerpo tales como sangre o corazón. Para Freud (1920g) la complejización partiendo de un organismo unicelular a un agrupamiento de

células fue posible gracias al encuentro con otros organismos afines pero diferentes, donde lo que resultara tóxico para uno fuera trófico para otro, evitando la intoxicación acelerada. De esta manera una memoria inmunitaria perteneciente a un sujeto convive con otra perteneciente a un cuerpo ajeno, y el trabajo del sistema inmunitario para evitar un rechazo al reconocer al órgano como no propio incluiría el intercambio celular, que terminaría por asimilar lo diferente útil. En esta línea se desarrollan investigaciones actuales que apuntan a evitar el uso de inmunosupresores en el transplante de órganos por medio del implante de células del donante en otras regiones del cuerpo recipiente y ya no sólo en el órgano para facilitar el quimerismo y la convivencia de tejidos provenientes de diferentes cuerpos.

Observamos que el yo real primitivo se constituye por representaciones de órgano, es una estructura que inhibe la descarga al cero absoluto a través del principio de constancia con una orientación particular llamada por Waddington homeorrhesis (Pribram y Gill, 1977; Maldavsky, 1986, Moreira, 1995). Este sistema responde a las exigencias de la autoconservación y cabe preguntarse, ya que en los casos estudiados se altera el sustento biológico del yo, el yo corporal sobre el cual se asentarán el resto de los yoes; si por medio de esta migración celular si no se estaría instaurando un nuevo cero relativo que inhiba la descarga al cero absoluto que llevaría a la muerte. Porque como sabemos, el destino de la vida es un “deslizarse hacia la muerte” (Freud, 1926d), y la escritura bajo la forma de huellas de memoria conduce a ella pero...con rodeos.

Bibliografía:

- Almasia, A.; Fontana, R. (1993) “Acerca de la Donación de Organos en Niños”. Trabajo premiado en el VII Congreso Metropolitano de Psicología de Buenos Aires.
- Almasia, A.; Fontana, R. (1995) “On Accepting Death: Languages of access to the procurement of organs”. Transplantation Proceedings. Vol. 28, 1996. U.S.A.
- Cohen, J. (1993) “Apoptosis”. Immunology Today. Vol 14. N. 3. U.S.A.
- Faimberg, H. (1985) “El telescopaje de las generaciones”. Rev. de Psicoanálisis, vol. XLII, N°5.
- Freud, S. (1920) Obras Completas. A. E.
- Kaës, R. (1989) Le Négatif, figures et modalités. París. Dunod.
- Laborde-Notalle, E. (1992) “La videncia y el inconciente”. Paidós. Bs. As.
- Maldavsky D. (1995) Pesadillas en vigilia. A. E. Bs. As.
- Moreira, D. (1995) Psicopatología y lenguaje en psicoanálisis. Homo Sapiens Ed.
- Starzl, T. Y col. (1993) “Cell migration and chimerism after whole-organ transplantation: the basis of graft acceptance”. Pittsburg Transplant Institute. American Association for the Study of Liver Diseases. Hepatology Vol. 17, N. 6, 1993. U.S.A.
- Tisseron, S.; Torok, M.; Rand, N.; Nachin, C.; Hachet, P.; Rouchy, J.- Cl. (1995) “Le psychisme à l’épreuve des générations. Clinique du fantôme”. Dunod. París.

Tipos de memoria.
Anahí Almasia